

## AGENDA CIUDADANA

### EL PARTIDO Y SUS PARTICIONES

Lorenzo Meyer

Nota de Inicio de Página.- Independientemente del juicio que nos merezca la política internacional del “coloso norteamericano” (Niall Ferguson *dixit*), la tragedia que tuvo lugar la semana pasada en la costa norteamericana del Golfo de México debe llevarnos, como individuos y como país, a solidarizarnos de inmediato y sin condiciones con las víctimas y ayudar en la medida de nuestras posibilidades. Pero luego tiene que llegar el momento de reflexionar y discutir lo que significan las fallas en la prevención de un desastre largamente anunciado y en dar ayuda a los sectores sociales más desprotegidos. El coloso norteamericano es, sin duda, una fuerza formidable lo mismo para crear universidades que para explorar el cosmos, producir bienes o hacer la guerra. Sin embargo, sus estructuras social, política y cultural, tienen debilidades enormes e incuban y sostienen injusticias tan manifiestas como inaceptables. Nosotros, desde luego, no somos ejemplo a seguir, pero quizá tampoco nuestro gran vecino del norte.

El Tema.- En México, el evento político actual más significativo no es el quinto informe de gobierno –algo perfectamente olvidable--, sino el gran conflicto que ha estallado en la cúpula del antiguo partido de Estado, el PRI. Debido a que esa estructura creada por Plutarco Elías Calles para manejar el régimen de la Revolución Mexicana aún controla la mayoría relativa del congreso federal, 17 gobiernos estatales y centenares de municipios, lo que sucede en su interior, es asunto que interesa no únicamente a sus militantes, sino al conjunto de la sociedad que, además, es la que aporta los recursos económicos que le mantienen. Y el interés es mayor ahora que, tras el fracaso relativo del foxismo, esa estructura política de honda raíz autoritaria puede recuperar la presidencia del país.

Toda organización, especialmente si es política, está sujeta a tensiones internas que pueden desembocar en una crisis, y esa crisis puede afectar su desempeño, llevarle a una división, cambiar su naturaleza o, incluso, destruirla. La historia de los partidos políticos de cualquier lugar y época está llena de choques internos producto de la diferencia de intereses personales, de grupo, de clase, regionales, ideológicos, etcétera. Los conflictos pueden ser internos o inducidos desde el exterior, pueden tener su origen en diferencias legítimas o ser una mera expresión de la añeja lucha por el botín. En los partidos las pugnas internas suelen ser tan duras y despiadadas como las que tienen lugar entre los componentes del sistema de partidos (ejemplos extremos son las purgas que experimentaron el partido comunista soviético y el nacional socialista alemán). Como sea, las diferencias, tensiones y escisiones al interior de partidos y agrupaciones políticas son uno de los mecanismos de adaptación al entorno de las fuerzas políticas y uno de los motores del cambio político, económico, social y cultural.

El Inicio de la Historia o Cuando las Divisiones Fueron Ganancia Neta.- El PRI nació como una respuesta imaginada y sostenida desde un régimen en crisis –la provocada por el asesinato del último gran caudillo de la Revolución-- para concentrar el poder y manejar de manera más constructiva –o menos destructiva, si se prefiere-- los constantes conflictos entre los miembros de la heterogénea “familia revolucionaria”. Desde la caída de Victoriano Huerta en 1914 y hasta el 4 de marzo de 1929 momento en que nació en Querétaro el Partido Nacional Revolucionario (PNR), la historia de la Revolución Mexicana puede explicarse, básicamente, como una de conflictos internos. Es verdad que hasta 1920 hubo un movimiento contrarrevolucionario en la costa del Golfo y Oaxaca, y también es cierto que entre 1926 y 1929 el régimen debió enfrentar el reto militar e ideológico que significó la rebelión cristera. Pero en ninguno de los dos casos la lucha fue tan determinante

en el proceso político mexicano como lo fueron los conflictos entre los mismos revolucionarios, especialmente la guerra entre la Convención Revolucionaria y Villa contra Carranza o, más tarde, el enfrentamiento entre Obregón y Carranza.

El PNR apenas había visto la luz cuando sus principales dirigentes militares tuvieron que salir al campo de batalla para enfrentar a antiguos camaradas que se habían declarado en rebelión, argumentando que su lucha era en defensa de la democracia. La autoridad formal del presidente Emilio Portes Gil y la real de Calles, fueron respaldadas entonces menos por el nuevo partido --era apenas proyecto-- y más por las armas de los divisionarios Joaquín Amaro, Juan Andrew Almazán, Lázaro Cárdenas y Saturnino Cedillo. Fue con la eliminación física o el exilio de generales como José Gonzalo Escobar, Francisco Manzo y Ricardo Topete, que realmente se hizo viable y se consolidó la unidad del flamante PNR.

Uno de los fundadores del PNR, el licenciado y general Aarón Sáenz, al no recibir el apoyo de Calles para ser el primer candidato presidencial del nuevo partido, se separó y amenazó con buscar el respaldo de otro partido (el Agrarista). Sin embargo, en el último momento desistió de su aventura y si bien Sáenz ya no sería presidente, el PNR decidió “recuperarlo”. El general y licenciado tendría gran y dulce éxito al traducir su capital político --la disciplina-- en capital contante y sonante en la industria azucarera.

El caso de Sáenz muestra que desde el inicio hubo rupturas muy provechosas para quienes las provocaron, aunque también se dio el caso contrario. José Vasconcelos, el intelectual más connotado de la Revolución, rompió con Calles al no obtener su apoyo para ser gobernador de Oaxaca y en 1929 se desempeñó como el principal opositor del PNR en las urnas. Al final y oficialmente, la derrota de Vasconcelos fue aplastante y el intelectual permanecería marginado hasta el final. Resumiendo, en el origen, las divisiones en el círculo que dio forma al partido que con el tiempo se transformaría en el PRI, le resultaron

positivas. Las purgas dentro de la clase política en 1929 cohesionaron al grupo vencedor y terminarían por ser funcionales para la consolidación del PNR.

Dos Generales y un Diplomático.- En 1935, el PNR experimentó otra gran purga, una básicamente pacífica: en un movimiento realmente audaz, el presidente Cárdenas se deshizo de la influencia del creador del PNR, Calles, y le mandó al exilio. La división fue honda pero rápida. Sin el callismo el PNR se transformó en PRM en 1938. De un partido de cuadros Cárdenas forjó uno de masas y donde ya no habría dudas sobre quien detentaría el mando: lo ejercería, sin restricciones, el presidente en turno.

El viraje hacia la izquierda que significó el cambio del PNR en PRM, llevó a un nuevo rompimiento interno. Esta vez, en 1940, un general --y empresario— importante e identificado con la derecha, Almazán, reclamó para sí el derecho a suceder a Cárdenas en la presidencia. Al no conseguir la candidatura del PRM, Almazán rompió con el partido y organizó uno propio, pero todos sabían que la disputa no se decidiría en las urnas —el gobierno las controlaba— sino afuera y por la fuerza. Tras recibir la noticia de su derrota, Almazán calculó —y calculó bien— que la correlación de fuerzas estaba en su contra y desistió de seguir adelante. Siguiendo el patrón establecido por Sáenz, el régimen facilitó la prosperidad de Almazán empresario a cambio de la disciplina del Almazán político. En 1945 la historia se repitió, pero con tono muy menor, pues quien desafió al partido fue el ex secretario de Relaciones Exteriores, Ezequiel Padilla. Como candidato de oposición, Padilla no fue realmente problema para que en 1946 el PRM, convertido ya en PRI, colocara a su candidato, Miguel Alemán, en la presidencia con el 77.9% de los votos emitidos.

Un desafío mayor se gestó entre la elección del 46 y la del 52. De nuevo otro general, Miguel Henríquez Guzmán, logró convertirse en el centro de un buen número de aquellos que dentro del PRM y PRI de Ávila Camacho y Alemán respectivamente, habían sido

marginados. Henríquez había empezado a trabajar su precandidatura en el PRM desde 1943 y desde el interior del ejército y de las corrientes cardenistas, pero se detuvo en 1945, por “disciplina” aún cuando en el sexenio siguiente retomó el proyecto. En 1950, se decidió por el camino de presionar dentro del PRI al activar a una organización preexistente: la FPPM (la había organizado de tiempo atrás). La presión desde dentro no funcionó y para 1951, el general Henríquez ya estaba fuera del partido oficial y funcionaba como opositor.

La FPPM buscó competir con el PRI en su propio campo: el ejército y las organizaciones obreras y campesinas. El desafío de los que habían abandonado al partido de Estado llegó muy lejos y desembocó en una verdadera movilización que fue más allá de lo electoral y que se vio obstaculizada de manera sistemática y violenta por la maquinaria gubernamental (ver a Elisa Servín, Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954, Cal y Arena, 2001). El 6 de julio de 1952 las cifras oficiales le dieron la victoria al PRI con el 74.31% de los votos, y la fuerza del gobierno y la represión las hizo realidad. Poco después, la FPPM fue disuelta y los levantamientos armados de henriquistas fueron aplastados. El 24 de febrero de 1954 el general Henríquez fue recibido por el presidente Adolfo Ruiz Cortines y dejó de funcionar como el líder de la oposición. Muchos de sus partidarios se retiraron de la política o, de plano, se reincorporaron al PRI. El resultado final fue que por un cuarto de siglo --hasta 1987--, la unidad del PRI no enfrentaría ningún otro desafío de fondo. El presidencialismo autoritario conoció entonces su apoteosis.

El Neocardenismo.- La gran crisis económica de 1982 marcó el inicio del proceso que llevaría a México por la ruta del neoliberalismo. Y parte de ese proceso fue la formación de un cerrado círculo de tecnócratas alrededor de Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari. Como en el pasado, más de uno en el PRI se sintió excluido y la reacción no fue muy diferente que en todos los casos anteriores. Quienes se organizaron alrededor de

Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo se corrieron más a la izquierda que los henriquistas y, de nuevo, toda la maquinaria del Estado, más los poderes fácticos y un claro fraude electoral les cerraron las posibilidades de una victoria --apenas les reconocieron el 30.98% del voto. Sin embargo, esta vez y a diferencia de toda la historia anterior, el PRI ya no pudo desmovilizar o cooptar al liderazgo de aquellos que se habían separado. El resultado fue la permanencia de esa oposición que, junto con la derecha democrática (PAN), desató una dinámica que, finalmente, desembocó en elecciones realmente competidas y bien vigiladas. En las elecciones del 2000, al PRI simplemente ya no le fue permitido echar mano de la represión y el fraude del pasado, y perdió la elección. La historia política de México dio entonces una vuelta a la página, pero sin cerrar definitivamente el capítulo del PRI.

La Ultima.- En el 2000, el dinosaurio priísta fue expulsado del centro de la política mexicana, pero no se fue, no desapareció. Desde su dominio de la mayoría de los gobiernos estatales y como mayoría relativa en el Congreso, el PRI ha capitalizado muy bien los errores y debilidades del gobierno presidido por Vicente Fox hoy está contemplando la posibilidad de recapturar el corazón del sistema político: la presidencia, y por una vía que no tiene precedente: por la de la competencia electoral real y en condiciones de equidad. Sin embargo, no le será fácil lograr tan peculiar desenlace, entre otras cosas porque hoy el PRI está experimentando otra fractura en su cúpula, pues la secretaria general del partido, Elba Esther Gordillo rompió con el líder máximo del partido: Roberto Madrazo.

A diferencia del pasado, hoy el viejo partido ya no cuenta con esa estupenda cubierta o campana de protección que de 1929 a 1988 amortiguó la fuerza de todas sus explosiones internas: el poder del presidente y de todo el aparato de Estado. En conclusión, la fractura interna no es una experiencia nueva para el PRI, pero si lo son las condiciones en que ésta

**se da. La consecuencia puede ser la pérdida de puntos preciosos en el 2006. Y seis años más a la intemperie, quizá serían mortales para un partido que sólo se mantiene unido por la mera esperanza de recuperar el poder.**